

no había conquistado más que la oscuridad. Fué un hombre de segundo orden, un subalterno. Os he hablado de él durante una hora, señores: ¿qué historiador ha hecho otro tanto? En cierto modo, Agripa ha desaparecido. Augusto lo absorbió; su actividad se ha perdido, su nombre se ha borrado, su personalidad se ha desvanecido en ese océano amargo y sin límites que se llama el despotismo. ¡Justo castigo! pues si había hecho algun bien, efímero como él, fundó un mal profundo, duradero, sin remedio, que fué el imperio romano.

VI.

MECÉNAS Y LOS POETAS.

Entre los fundadores del nuevo imperio, hay que mencionar á un personaje que fué el consejero, el negociador de Octavio, así como Agripa fué su hombre de acción y su general; estos dos fueron los brazos, lo mismo que Livia fué la cabeza de aquella temible asociación. Os hablaré hoy de Mecénas, y trataré de hacer su retrato con una severidad á medias, porque es difícil mostrarse completamente riguroso ante una figura tan amable, tan popular á los ojos de la posteridad, y que tanto han cantado los poetas, que su nombre ha llegado á ser el nombre genérico de todos los protectores de las letras.

Mecénas no era romano de nacimiento; no lo era sino por adopción. Era etrusco, originario de Arrecio. Su familia paterna se llamaba con el nombre etrusco de *Celne*, que

enviaba al hábil, al suave, al festivo Mecénas, que de nada se enojaba, que escuchaba con paciencia los gritos del populacho, y que le ofrecía en cambio algunos dones y todas sus flores de elocuencia. De suerte que cuando volvió á Roma, sin tener mas mandato que la voluntad del triunviro victorioso, fué dueño del Occidente, durante la permanencia de Octavio en Oriente, aunque, preciso es decirlo, Livia estaba detras de él, sosteniéndolo con su energía y sus consejos que se parecían á órdenes de una manera singular. Tuvo, sin embargo, una séria dificultad con los veteranos de César. Se les habian hecho grandes promesas, cuya ejecucion reclamaban, no dándose por satisfechos con solo palabras. Mecénas agotaba en vano su retórica y su flexibilidad, y entónces fué preciso enviar á Agripa, el hombre de guerra, cuya mano mas ruda sabia manejar soldados.

Esto fué casi al fin de la carrera pública de Mecénas. Por un momento fué á unirse con Octavio, miéntras Agripa ocupaba su lugar en Roma; lo siguió hasta el Egipto, y estoy persuadido de que él era quien prevenía á Octavio contra las seducciones de Cleopatra, que esperaba excitar su pasion como habia cautivado la atencion de César y el amor de Antonio.

Estando fundado el imperio, ya no quedaban obstáculos ni enemigos, ya no habia mas que gozar de la seguridad y del poder conquistados. Y si alguno estaba dispuesto á esos goces, era Cilnio y Mecénas.

No tenia ambicion; en cuanto á honores era enteramente desinteresado. En cuanto á riquezas, las tenia inmensas. ¿Cómo las habia adquirido? La historia no lo dice: no creo que de Arrecio procedieran rentas tan magníficas. Su fortuna provenia sin duda de los regalos de Octavio, del botin re-

cogido en la guerra, de los despojos de los proscritos; preciso es no mirar de muy cerca las fortunas nacidas de las guerras civiles y de los golpes de Estado. Lo que sabemos es que Mecénas no tenia ambicion personal, que rehusó ser senador, que permaneció simple caballero, relativamente libre, siempre adicto á Octavio, de quien era amigo y consejero, y cuya munificencia no solicitaba sino para los demas. Era partidario de la paz, y empleó el crédito que cerca del amo habia conquistado, de una manera bienhechora, tomando la defensa de los proscritos, protegiendo á los literatos y á los poetas; en una palabra, era un hombre excelente, que ya no empleaba la astucia, una vez allanadas las dificultades de la guerra civil, sino para hacer querer á los que hasta entónces no habian sido dignos de aprecio.

Hacia tambien uso de su influencia para moderar las cóleras del emperador, de lo que dió una prueba bien conocida un dia que Augusto juzgaba en materia criminal; arrastrado por los recuerdos de su juventud, por su ferocidad nativa, condenaba imperturbablemente á muerte á todos los que pasaban ante su tribunal. Entónces fué cuando Mecénas, confundido entre la multitud, le arrojó su libro de memorias, en el que habia escrito: «Detente al fin, verdugo.» Augusto se detuvo en efecto, dejó las causas para el dia siguiente y al dia siguiente ya habia moderado su temperamento sanguinario. Mecénas abogó por Agripa olvidado en Oriente en una faustosa residencia, diciendo á Augusto: «Has hecho á Agripa tan grande, que es preciso matarlo ó escogerlo para yerno.» Como le demostró las ventajas que hallaria tomándolo por sucesor, no se mató á Agripa, pues así se decidía el destino de los hombres mas considerables, en los primeros consejos del imperio.

En el fondo, Mecénas era un epicureo, un excelente vividor á quien gustaban el sexo hermoso, la buena mesa, los placeres de todas clases, que dan á conocer sobre todo las épocas de corrupcion. Era de una depravacion elegante y delicada, y segun los autores que han hecho su elogio, no aborrecia ni el escándalo de buen gusto ni la prostitucion brillante y de noble apariencia. Era, pues, uno de esos hombres hechos á las mil maravillas para preparar, para hacer amar y aceptar el poder absoluto.

Sabeis que hay dos influencias que es necesario tener muy en cuenta en las sociedades avanzadas: la de los prostituidos que por fortuna son los ménos, y la de los buenos vividores que por desgracia son el mayor número.

En las épocas de conmocion y de sacudimiento, cuando la hez de la sociedad sube á la superficie, se ve surgir cierto número de hombres que han pasado su juventud, sin tener para nada en cuenta las leyes civiles ni las prescripciones mas delicadas de la conciencia ó del honor, y que no ven mas que un fin, la satisfaccion de sus pasiones. Esas gentes están listas para intentarlo todo el dia que pueden pisotear las leyes y la justicia. Desde muy temprano han aprendido á despreciar la opinion, á los hombres honrados, los juramentos, la libertad, la patria, y á no reconocer mas divinidad que la fuerza. Estos son ambiciosos de alta gerarquía, pues la depravacion es una escuela terrible de ambicion, de audacia y de servilismo.

Los otros, mucho mas numerosos, que son gentes bastante honradas, afeminados mas bien que delicados, mas bien acomodaticios que convencidos, sin energía si no es para el placer, egoistas y únicamente preocupados de su bienestar, amantes de la buena mesa, de los teatros, de los paseos bien

trazados, de las calles cómodas y tranquilas, que los molesta una hoja de rosa en su cama; en una palabra, estos son los sibaritas, multitud creciente en las épocas de decadencia, que quiere la calma á todo precio, y que no se vuelve implacable sino cuando sus goces se ven amenazados.

Poco les importa que la libertad ó la dignidad del país estén en peligro; no piñen mas que la tranquila posesion de sí mismos y de sus amables vicios. Estas gentes aman el despotismo con furor, porque no quieren que se nuble su estado de satisfaccion y de contento. Mecénas se hallaba á su cabeza. Quería la paz, una paz profunda, no mas misiones, no mas viajes á Oriente, en los que se estropeaba y golpeaba uno tanto en las literas ó se sacudia al vaiven de las olas; no, ya no mas un solo viage, ir de las Esquilias á Tibur, y de Tibur á las Esquilias. Esto nos prueba, señores, que Dion, de quien hablábamos hace ocho dias con motivo de Agripa, y que tan mal se inspiró en sus discursos de retórica, ha sido mas juicioso haciendo de Mecénas el defensor del poder absoluto. Porque, en efecto, es el tipo de esa clase muy numerosa, que necesita, no diré la servidumbre, pero sí la tranquilidad, bajo un yugo comun, que es dable soñar en los tiempos modernos así como en los antiguos! Mecénas era, pues, uno de los apóstoles natos del poder dictatorial de Augusto. Dion dió pruebas de ingenio al escogerlo por campeón del despotismo.

Comprendeis, pues, señores, por qué, aunque epicureo y egoista Mécenas, permaneció siendo amigo de Augusto, profundamente adicto á la fundacion del imperio y al interes personal del soberano. Comprendia muy bien, y Augusto no ménos que él, que el ejemplo que daba de la vida fácil de la voluptuosidad que se proporcionaba de manera que no atraía

las miradas de Roma, no dejaba de ejercer una accion lenta, un poco deletérea, que quitaba á los ciudadanos el gusto de los negocios, que consolaba á la juventud de no ser nada, que adormecía á los ancianos y les impedía echar ménos el pasado, dejándose mecer por la dulzura del presente. Mecénas era el gran pontífice de aquella religion del bienestar que mantenía al pueblo adormecido en una honrada obediencia. Al mismo tiempo, tenia gusto por las letras; sabia á la perfeccion acariciar á los poetas, raza muy sensible á las caricias, y trasformar en aduladores á los que hubieran podido ser adversarios. Mecénas no tenia rival en el arte de encantar á espíritus recelosos y al orgullo tan fácil de desarmar ó de satisfacer, que se llama el orgullo de los literatos. Los servicios que prestaba á Augusto eran pues servicios diarios que le costaban tanto ménos, cuanto que no hacia mas que seguir su inclinacion, satisfacer todos sus gustos y vivir bien; vivir bien, es la frase de Horacio, es la enseña de toda la corte de Mecénas. Augusto se los agradecia á su modo, y su intimidad fué siempre en aumento, pues cada vez que Augusto estaba un poco triste, ó se sentia enfermo de alguno de los innumerables males cuya nomenclatura se encuentra en la biografía de Suetonio, se hacia llevar ya sea á la casa ó á la quinta de Mecénas, y este lo cuidaba. La casa de Mecénas era la estancia de reposo, de convalecencia de Augusto; en ella la salud le volvia, gracias á la jovialidad, al ingenio de su huésped, y á las distracciones que sabia procurarle.

Mecénas tenia, por supuesto, algo que sufrir en compensacion. No se tiene impunemente el honor de ser amigo de Augusto; es preciso comprar tanta gloria. Agripa pagó esa gloria hasta el grado de ver su vida abreviada por el exceso de las fatigas, y adivinamos por una frase terrible que se es-

capó á Plinio lo que era la servidumbre privada, secreta, pero implacable de Augusto, *durum servitium Augusti*.

En cuanto á Mecénas, ofrecia mayores dificultades. Era el hombre mas afable del mundo, jamas oponia resistencia, pero generalmente se hacia lo que él persuadia que se hiciese. Las compensaciones eran de otro género. La muger de Mecénas era mucho mas jóven que él, se llamaba Terencia. Imposible es negar que Terencia fué querida de Augusto, siendo esta una de las recompensas de los servicios de Mecénas. Ciertamente es que este era un filósofo, y probablemente no fué esto lo que turbó su buen humor; fué un lazo mas entre los dos amigos, y esto es todo. Pero Terencia, que era muger muy bonita, de un carácter difícil y capaz de ejercer un gran imperio en su marido, probablemente á causa de su mal carácter, tenia un hermano que se llamaba Murena y á quien se le ocurrió conspirar contra Augusto. Augusto lo supo, é impuso silencio á Mecénas acerca de su descubrimiento, queriendo sin duda dejar que se comprometieran en aquella vigilada conspiracion, todos los hombres enérgicos que hubiera todavia que protestaban contra la servidumbre universal. Mecénas no se calló, avisó á Terencia el peligro que su hermano corria, esta avisó á Murena, y los conjurados se salvaron.

Desde ese dia todo acabó. Augusto no era tierno, y una de sus cualidades era ser implacable; nunca perdonó á Mecénas. No hubo entre ellos ruptura violenta, lo que no era fácil, puesto que Mecénas no era nada en el Estado. Tampoco se rompieron sus relaciones. Augusto estaba mas malo cada dia, la casa de Mecénas le era cada vez mas necesaria; pero hubo una tibieza que la historia hace constar, y la desconfianza no volvió á salir del corazon de Augusto.

Esta es una compensacion, me direis, de las dulzuras que Mecénas habia sacado de sus relaciones con Octavio. Pero creo que esto no fué todavía para Mecénas un gran castigo, de que estaba de antemano consolado por la manera de vivir que habia adoptado. Su vida se dividia entre su residencia de verano y su residencia de invierno; iba de una á otra variando sus placeres con las estaciones, y arrastrando consigo al cortejo de sus amigos.

Sabemos poco mas ó ménos, sin poder precisarlo exactamente, el lugar en que se hallaba la casa de Mecénas en Roma. No era solo una casa, sino un terreno considerable, con jardines elogiados por su frescura, su belleza y su vista. Los jardines de Mecénas se hicieron célebres en Roma, y Nerón se apoderó de ellos, cuando quiso extenderse sobre el valle que separa al monte Esquilino del monte Palatino. Esta localidad debe buscarse mas allá de Santa María Mayor, entre esta iglesia y los baños de Tito, dirigiéndose á San Juan de Letran. Ahí estaban la habitacion de Mecénas y sus jardines, para cuyo embellecimiento el arte griego habia puesto sus magnificencias al servicio del gusto romano.

En cuanto á la casa de campo de Tibur, ya la conoceis. Existe todavía, al ménos en parte; y es imposible no conocer esta localidad. Está situada arriba de las Cascatelas; hace pocos años estaba transformada en una fábrica, y todavía existe el patio cuadrado de la casa de Mecénas, con arquerías en las que recargan unas medias columnas dóricas, poco mas ó ménos como en el teatro de Marcelo.

Dije ya que la vida de Mecénas no era siempre ejemplar. Es necesario, señores, no olvidar que era etrusco, y los etruscos tenian, aun en sus buenos tiempos, la reputacion establecida de ser afectos al placer y á la prostitucion. Los

latinos se burlan incesantemente de su grueso vientre, de su buen estómago y de su gordura, consecuencia de una vida enteramente material.

Mecénas se conservó siempre etrusco; de modo que tenia dos existencias, una para la inteligencia y otra para la satisfaccion de las necesidades del cuerpo. Los baños, el cuidado de su persona lo ocupaban mucho tiempo; habia importado á Roma el uso de unas piscinas de agua caliente, en las que se podia nadar en cualquiera estacion. Tenia un gusto extraordinario por el tocador, no un tocador muy exquisito y elegante, sino por el tocador algo descuidado. Se le encontraba en la calle con el cinturon desabrochado, con la túnica que le flotaba, y llevando en la cabeza un pequeño manto que solo dejaba pasar las orejas, y que protegia su calvo cráneo contra el viento, seguido por dos eunucos, lo mismo que una muger de Oriente yendo al mercado.

Era muy vanidoso de su persona, tenia bonitos dedos bastante cortos, que cargaba de anillos y piedras preciosas. Era la moda de los etruscos, como se ve en las tumbas del museo Campana. Augusto lo llama en una carta «mi esmeralda de Etruria,» haciendo alusion á su gusto por las pedrerías, gusto mas digno de una muger que de un hombre. Arrastraba tras sí una multitud de buenos para nada, de parásitos, de mites, gente que no gustaba á Augusto, pero que le toleraba á Mecénas. Aun se cita á uno de esos mites, Batilo, que le habia inspirado un afecto cuya naturaleza seria inútil definir.

Así, pues, Mecénas reunia una mezcla de grandeza y de pequeñez, de grandes cualidades y de defectos casi grotescos, de gustos elevados y de inclinaciones vergonzosas; aliaba á una gran munificencia por las letras una complacencia miserable por aduladores de baja esfera, por parásitos é histrio-

ha sido traducido al latin por el de *Cilnius*, nombre de pila de Mecénas. La familia de los *Celne* habia ejercido el poder en la lucumonia de Arrecio, de donde fué expulsada por un levantamiento y restablecida por los romanos. Por el lado materno, Mecénas descendia de otra familia que se llamaba ya sea *Mecne*, ó bien *Mesne*, de donde formaron la palabra latina *Mæcenas*. Segun la costumbre etrusca, su nombre mas importante era el de su madre. Esto se nota en las tumbas etruscas, en las que se designa á los muertos con el nombre de la madre, tal vez porque en un país tan corrompido como lo era la Etruria, no habia filiacion segura mas que por el lado materno. Prefiriéndose el nombre de la madre, el del padre no se usaba sino como nombre de pila.

Mecénas era de mas edad que Augusto; ignoramos el año en que nació. Augusto tenia 55 años cuando murió Mecénas, y sabemos que era ya un anciano muy entrado en años, casi decrepito. Cómo las acontecimientos los unieron, lo ignoramos. Mecénas, en Roma, no era mas que un personaje sin grande interés. Era un simple caballero, que no debia probablemente alguna importancia sino á su gran fortuna: pero cualquiera que fuera, tenia necesidad de aumentarla. Era un espíritu vivo, perspicaz, y cuando por vez primera lo encontramos en la historia, ya ha sabido unirse á la fortuna de Octavio, no como hombre de armas, á pesar de que se portó muy bien en la batalla de Accio, sino como consejero; tenia, en efecto, poco gusto por la accion, era sobre todo un hombre de negocios, hábil y conciliador. Siempre que habia que engañar á alguno, ó que entablar una negociacion, era á él á quien Octavio confiaba esa mision. Una de esas negociaciones fué la de casar á Octavio con una descendiente de Pompéo. Estaba para concluirse una alianza entre Anto-

nio y Sexto Pompéo; si se realizaba era la ruina segura de Octavio. Se envió á Mecénas á pedir la mano de Scribonia, que era sobrina segunda del gran Pompéo. La obtuvo, y quedó rota la alianza de Sexto y de Antonio.

Asunto mas difícil fué el de reconciliar á Antonio con Octavio, cuando este todavía no estaba listo para sostener la lucha. Se envió á Brindes al hábil Mecénas rodeado de todas sus seducciones, es decir, de su corte de poetas que ya tenia formada. Entre ellos estaban Horacio, Virgilio y Domicio Marso, nombre mucho mas oscuro, pero sin embargo uno de los amigos de Mecénas. Llegaron á Brindes como á una cita de placer. Antonio, que estaba privado desde hacia mucho tiempo de esos goces delicados, quedó encantado. Mecénas triunfó una vez mas, y se volvió á enviar á Oriente al triunviro, reconciliado con Octavio, es decir, acariciado, engañado, hasta el dia en que este fuera bastante fuerte para aniquilarlo.

Presentóse otra transaccion delicada cuando estalló la guerra con Sexto Pompéo, y que Octavio tuvo que pedir socorros á Antonio. Fué tambien Mecénas á quien se envió; fué necesario salir de nuevo hácia Brindes, embarcarse, atravesar la mar, é ir á ver á Antonio para conseguir tropas y sobre todo embarcaciones. Y tuvo el mismo buen éxito que alcanzara en todas sus misiones.

En fin, despues de la victoria de Accio, lo encontramos en Roma con plenos poderes. El, simple caballero romano, sin título conferido por las leyes, sin eleccion del pueblo, se encuentra dueño de Roma y de la Italia! Ciertamente es que ya habia aprendido el modo de aplacar á la multitud, pues cada vez que habia una sedicion en Roma, durante al triunvirato, y que Octavio tenia que dirigir palabras suaves al pueblo,